

Marco Licinio Craso y la necesidad de políticos honrados

Marco Licinio Craso fue miembro del triunvirato junto a Julio César y Pompeyo. Menos conocido que sus colegas, es, sin embargo, uno de los personajes clave en la Roma del siglo I a.C. Su vida y hechos están llenos de enseñanzas —por contraposición— para lo que debería ser el comportamiento de quienes desean dedicarse a la actividad pública.

Javier Fernández Aguado, Socio Director Mindvalue



En la Roma clásica, durante muchos siglos, tuvo vigencia el sistema de conceder como contrata la recaudación de los impuestos provinciales. Junto a ésta, y dependiendo de la época, también se realizaron subcontratas de otras actuaciones propias de lo que debe ser la economía de un Estado.

De manera mesurada, aunque no carente de mordacidad, lo describía así Polibio (200-118 a.C.): “Muchos trabajos en toda Italia, trabajos de difícil enumeración, relativos a la administración y la construcción de obras públicas, como también ríos, puertos, jardines, minas y, en suma, todo cuanto se encontraba en poder de los romanos, eran adjudicados por contrato por los censores. Todo venía a encontrarse en manos del pueblo y puede decirse que casi todos los ciudadanos participaban en los contratos y en las ventajas que de ellos se derivaban. Así, algunos obtenían de los

censores mediante pago un determinado contrato, otros lo lograban por amistades, otros eran empleados por los mismos contratistas, y finalmente algunos, para obtenerlos, aportaban al Tesoro estatal su capital” (VI, 17).

Este historiador de origen griego tiene la peculiaridad de no limitarse a narrar hechos, sino que procura también realizar una cierta Filosofía de la Historia. Primer autor de una historia universal, estaba profundamente intrigado por cómo Roma había llegado a convertirse en el Imperio de referencia.

De la actualidad de muchos de los sucesos de entonces, baste un ejemplo: Megadoro, personaje de una obra de Plauto, presionado por sus acreedores, ninguna banca entre ellos, afirma: “Vas y haces cuentas con el banquero [...]. Luego, cuando has hecho las cuentas con el banquero, resulta que eres tú quien le debe a él”.



COMENTE ESTE
ARTÍCULO EN

www.capitalhumano.es

FICHA TÉCNICA

Autor: FERNÁNDEZ AGUADO, Javier

Título: Marco Licinio Craso y la necesidad de políticos honrados.

Fuente: Capital Humano, nº 251. Febrero, 2011.

Resumen: Marco Licinio Craso es el menos conocido de los tres miembros del triunvirato que también estuvo compuesto por Pompeyo y Julio César. Financiador de las campañas de este último, su vida es un recorrido por las diversas fases por las que transcurre las de algunos personajes que, introducidos en política o en actividades directivas, carecen de formación ética.

Descriptor: Ética / Estilos de Dirección / Estrategia

> LA EXTENSIÓN DE LAS SUBCONTRATAS Y EL NEGOCIO DE LA USURA

Con el concepto que subyace a las subcontratas, fueron surgiendo empresas privadas, en las que pueden encontrarse razonablemente definidas muchas de las características de las actuales sociedades anónimas. Frente a lo que algunos han defendido, proponiendo que este tipo de organizaciones surgió en la Revolución Industrial, encontramos en la historia de Roma ejemplos claros de estructuración muy semejante a las sociedades contemporáneas. El motivo era que ni siquiera los más ricos industriales romanos podían afrontar la compra del derecho de determinados contratos ofertados por los políticos de la Urbe.

Así, diversos empresarios optaron por crear lo que vino a denominarse *societas publicanorum*. Cada participante se comprometía a desembolsar una parte del capital y recibía los dividendos que en su momento le correspondiesen. Con las acciones, como en la actualidad, se especulaba: había lo que hoy denominaríamos un mercado secundario en el que se vendían, se adquirían, se apostaba al alza y a la baja...

Y también igual que en la actualidad, cuando se trataba de organizaciones complejas se creaba un servicio administrativo propio, formado por escribanos, agentes, y se instalaban naves y oficinas en las provincias en las que resultase preciso. Con este sistema, la maquinaria estatal desarrollaba sus sistemas de control allá donde el Imperio fuera extendiéndose.

Desafortunadamente, y sin que suponga una novedad, junto al desarrollo de honestas subcontratas fue desplegándose también un negocio de usura. Al principio a nivel pequeño, pues era empleado por los campesinos latinos que precisaban financiar sus explotaciones, habitualmente no muy extensas. Sin embargo, cuando el sistema de subcontrata de servicios estatales fue dilatándose, también lo hicieron las cantidades precisas, surgiendo así una clase de financieros que hoy serían conocidos con el simplista nombre de hipotecueros. O, en su caso, de crédito fácil.

Entonces, como ahora, el comportamiento de quienes se dedicaban a ese negocio era inhumano. Aún más, si cabe, porque además de los posibles bienes muebles e inmuebles en aquel tiempo también podía acudir a la venta como esclavos de quienes no cumplieren con sus obligaciones financieras en el momento comprometido... Y esto sucedía tanto para los denominados aliados latinos como para cualquier residente en una de las provincias que fueron cayendo en manos de los sucesores de Rómulo.

Para verificar que ni siquiera en este punto ha sido tanta la transformación, los tipos de interés que llegaban a cobrarse se encontraban habitualmente en torno al 10%, sin excluir circunstancias en las que se incrementaban aún más.

En medio de ese rebullir había, como siempre, políticos honrados y otros que no lo eran tanto. Entre estos últimos, me detendré en uno que es referente de cómo alguien puede llegar a deformar radicalmente lo que debería ser objetivo de un político: el servicio a sus conciudadanos.

UN PROFESIONAL POLIVALENTE

Marco Licinio Craso, conocido en ocasiones como Craso el Triunviro, nació en torno al año 115 a.C., para morir en la batalla de Carras en el año 53 a.C. Craso era el menor de los tres vástagos que tuvo Publio Licinio Craso Dives, cónsul en el 97 a.C. Publio, el primogénito, encontraría la muerte en la Guerra Mársica que enfrentó a la Urbe con algunas de las ciudades aliadas. Su progenitor y el otro hermano, Luico, murieron durante las persecuciones promovidas por Cayo Mario y Cinna. Marco, el más joven, huyó a España. En nuestro país, empleando los contactos que hizo su padre cuando fue gobernador en la Hispania Ulterior, reunió a un grupo de mercenarios que puso a las órdenes de Sila. Con el tiempo, dirigiría una de las alas del ejército que luchó por Sila en la Batalla de Porta Collina (82 a.C.).

Tras el triunfo de los de Sila, quienes cayeron prisioneros fueron ejecutados cerca del Senado, en la villa Pública. Ese sistema, que luego sería empleado en otras ocasiones por Marco, pretendía aterrorizar a los posibles enemigos, y en este caso concreto a los senadores que todavía no se habían apuntado al partido de Sila. Los restos de los samnitas fueron luego lanzados al Tíber.

Para entonces ya estaba comenzando Craso a ser un banquero adinerado, aunque aún faltaba tiempo para que se convirtiese en el financiador de Julio César, una de las actividades por las que ha pasado a la historia. El origen de sus caudales puede encontrarse precisamente en las proscripciones que siguieron al establecimiento de la dictadura de Sila. Él fue uno de los que con más soltura supo aprovecharse de la situación, comprando por un precio ridículo la propiedad de aquellos que eran sentenciados a muerte o al exilio. Invirtió enseguida las ganancias, optando —entre otros negocios— por los burdeles, particularmente en el barrio de Subura donde estaban más establecidos.

UNA IDEA DE NEGOCIO: LOS ANTECEDENTES

“Los romanos afirman que el esplendor de sus numerosas virtudes está oscurecido solo por un vicio: la avidez de lucro. Pero yo creo que este vicio, que sobrepasó a los demás, hace aún más notables sus virtudes. Como prueba mayor de su codicia están también los sistemas con los que había logrado su inmensa fortuna.

Al principio, Craso no poseía más de trescientos talentos aproximadamente, pero cuando fue puesto a la cabeza del Estado (en torno al año 70, cuando llegó a ser cónsul junto a Pompeyo), tras haber ofrecido a Hércules la décima parte de su fortuna, de haber distribuido regalos al pueblo, de haber entregado tres meses de víveres a cada romano a costa de su propia bolsa, se encontró con que sus riquezas ascendían a 7.100

talentos, según los cálculos hechos por él mismo antes de la expedición contra los partos (año 55). La mayor parte de esas riquezas estaban, a decir verdad, bastante lejos de hacerle honor, porque fueron arrebatadas de las llamas de los incendios de la guerra y se sirvió de las plagas sociales para acumularlas”. Es la crónica dejada por el historiador de origen griego Plutarco, que nació en época del emperador Claudio y viviría hasta los albores de la tercera década del siglo II.

Antes de entrar en esa cuestión, debemos aclarar que el extraño maridaje entre Julio César, Pompeyo y Craso se debió al equilibrio de intereses contrapuestos. Los de Craso eran que se aprobase una ley que disminuyera el coste global de arrendamiento del cobro de impuestos en Asia y también que se constituyera una comisión para repartir la tierra a los veteranos. No debe por eso sorprender que en el año 59 Craso ya >



En la Roma clásica, durante muchos siglos, tuvo vigencia el sistema de conceder como contrata la recaudación de los impuestos provinciales.



Marco Licinio Craso ha pasado a la historia como el banquero adinerado, que brindó apoyo financiero al joven y empobrecido Cayo Julio César para que pudiera embarcarse en su carrera política.

formara parte de la misma, con las grandes ventajas que eso le iba a reportar.

Las actuales manzanas de edificios eran conocidos durante la roma imperial como insulas. Varios personajes, entre los que destaca Craso -pero también Cicerón-, supieron generar diversos negocios en torno a la necesidad de los residentes de la Urbe de encontrar acomodo. A causa de la mala construcción de muchos de esos edificios eran frecuentes los incendios y derrumbes.

Lo eran entonces y lo seguirían siendo durante mucho tiempo porque en el ambiente imperial se conjugaba el lujo de los inmensos palacios y domus de los pudientes con una lamentable situación inmobiliaria para quienes contaban con menos posibles.

En el siglo III a.C. eran frecuentes las insulas de tres pisos. Con el tiempo se llegaría hasta las cinco o seis alturas. Cuantos más niveles, más clientes... Juvenal llegó a escribir: "Vivimos en una ciudad que, en su mayor parte, está apuntalada por raquíticos tablonos. El encargado del edificio se encuentra situado delante de una casa a punto de derrumbarse y, mientras trata de cubrir una larga grieta, te desea felices sueños, aunque el hundimiento sea inminente".

El propietario de una insula solía realizar una concesión por un lustro a un arrendatario principal. Éste realizaba subarriendos. Marcial asegura que el arrendatario se convertía en una especie de administrador de la finca. El elevado coste de los arriendos empujaba a los inquilinos a subarrendar algunas habitaciones. De esa forma, las insulas estaban saturadas y la cadena de subarriendos asfixiaba al inquilino final...

Merece la pena poner algún ejemplo de sucesos acaecidos pocas décadas después del negocio creado por Craso y que enseguida detallaré. Cuando en el año 27 gobernaba Tiberio, ardió todo el distrito que había sido construido en el monte Celio. Y en el 36 sucedió lo mismo con la mayor parte de los edificios levantados sobre el Aventino, hasta los lindes mismos del Circo Máximo. Para verificar la magnitud de esos desastres baste un dato: tras la catástrofe del monte Celio, Tiberio cedió cien millones de sestercios para la reconstrucción. Esa cifra delata que debió quedar prácticamente aniquilado.

También la obra civil de uso lúdico se construía de cualquier manera: en el año 27 se hundió un inmenso anfiteatro construido por el liberto Atilio. En aquella ocasión, más de cincuenta mil espectadores resultaron muertos o heridos. La causa había sido la codicia. Atilio, al verificar el desinterés de Tiberio por las luchas de gladiadores, se presentó como gestor de las mismas. Las entradas para el primero de los espectáculos se habían agotado, pero solo para certificar que el número de damnificados sería inmenso, como acabo de señalar. Tácito lo denuncia con claridad: "el edificio fue construido para satisfacer la sucia codicia". Y añade con crudeza: "aquellos que la muerte se llevó consigo en el mismo momento del derrumbe fueron

los menos infortunados, si ello es posible ante semejante destino. Pero más se debió compadecer a quienes sobrevivieron después de perder algún miembro y tuvieron que ver sufrir a sus mujeres e hijos durante el día y escucharlos gemir y quejarse durante la noche [...]. Cuando se

empezó la tarea de remover las ruinas, todos corrieron a abrazar y besar a sus muertos. No fue raro que la gente se los disputara en los casos en que los rostros estaban muy desfigurados; pero el cuerpo y la edad coincidían y confundían a los desesperados deudos".

Atilio pagó con el destierro y el propio emperador cambiaría su vida a raíz de aquel desastre marchándose a Capri, de donde no regresaría.

Aquel hundimiento llevaría a adoptar, aunque tardías, ciertas normas de seguridad. A partir de entonces, quien decidiese dedicarse al negocio de los espectáculos públicos habría de verificar la estabilidad del subsuelo donde se iba a construir antes de recibir los permisos. Además, tendría que garantizar posibles avatares con un capital de al menos cuatrocientos mil sestercios.

Sin embargo, no acabarían ahí los desastres, pues tanto con Claudio como con Calígula se sucedieron otros provocados en buena medida por la mezquindad de los especuladores. En el año 54, y con esto acabo esta digresión que pretendo dar luces sobre la situación, se produjo un espantoso incendio que finiquitó los arrabales del Campo de Marte. Y como se consideraba mucho peor que la pérdida de vidas la de reservas de trigo, el emperador Claudio -durante cuyo

Craso supo aprovecharse de la situación, comprando por un precio ridículo la propiedad de aquellos que eran sentenciados a muerte o al exilio

- > gobierno se produjeron estos sucesos- envió al puerto de Ostia una cohorte de bomberos para que se estableciera allí de forma permanente.

EL DESARROLLO DEL PÉRFIDO NEGOCIO DE CRASO

Como dato interesante, frente a lo que sucede hoy día con los áticos en muchas ciudades, los pisos superiores abonaban menor alquiler que los inferiores. El motivo era –a decir de Juvenal- que el calor bajo el tejado era espantoso. Y, sobre todo, que si se declaraba un fuego resultaba más difícil salvarse si uno se encontraba en los pisos superiores. Ulpiano, por su parte, llegó a asegurar que en la Urbe no había una sola jornada en la que no estallase un incendio.

En un principio, Craso creó un cuerpo de bomberos que únicamente actuaba cuando el propietario del edificio en dificultades vendía a sus agentes inmobiliarios (los de Craso) aquella manzana a un precio de conveniencia. Con el ejército de esclavos con el que contaban, rehabilitaba inmediatamente la ínsula.

Con el paso del tiempo, creó una tercera compañía para llevar adelante el negocio: unos incendiarios agilizaban el desarrollo de su lucrativo oficio. Con un cuerpo de bomberos que impedía que otros apagasen el fuego hasta que la venta quedaba formalizada, Marco Licinio Craso fue convirtiéndose en la principal fortuna de la época de César.

El sistema era bien claro: cuando estallaba un incendio, Craso a través de sus agentes adquiría el edificio en llamas y también sus linderos. El precio solía ser ridículo. Así se convirtió en propietario de una gran parte de Roma. Sus esclavos –como acabo de indicar- reconstruían el lugar que o era puesto a la venta o alquilado a nuevos inquilinos con rentas incrementadas.

Como otros políticos, también contemporáneos, Craso empleaba el sistema de los intermediarios ‘fusibles’. A saber: él no se implicaba directamente en los hechos que pudieran ser juzgados como negativos. Siempre contaba con intermediarios que hacían inviable que él fuese directamente denunciado.

De la fama de este político, que antecede cronológicamente –pero no supera– en su perversidad a muchos otros, valga la siguiente anécdota: al ser enjuiciado por seducir a una virgen vestal –crimen que en el caso de la interesada suponía el ser enterrada viva-, Craso fue absuelto al asegurar que su interés no era sexual, sino sencillamente económico, deseaba apropiarse de las posesiones de la interfecta. El jurado, conociendo los antecedentes del personaje, lo proclamó inocente de fornicación.

EL FIN DE UN POLÍTICO SIN NORTE

Cegado por su obsesión por lograr la gloria militar, fue engañado por Julio César, quien le prometió esa fama y también nuevos ingresos si se implicaba en una guerra contra los partos. Así lo hizo. Lideró una campaña en la que tanto él como su hijo, que le acompañaba, acabaron malparados. Su fin lo encontraría poco después de la batalla de Carras.

En junio del 53 a.C., las siete legiones de Craso fueron destruidas por una caballería muy superior. Craso, no habituado a hacer caso de consejos ajenos, rechazó la sensata propuesta de su cuestor, Cayo Casio Longino, para que reconstruyese el orden de la batalla. Más de 20.000 legionarios fueron masacrados y otros 10.000 hechos prisioneros.

El codicioso Craso, capturado en un confuso enfrentamiento que algunos consideran coletazos de la batalla, y otros un intento de pacto, murió cuando le dieron a beber oro fundido, símbolo de su proverbial avaricia. Narra Plutarco que durante el banquete por la boda del hijo de Artavazd y la hermana de Orodes II tanto la cabeza como la mano derecha de Craso se encontraban ante el rey parto. Un actor, Jasón de Tralles, cogió el cráneo y recitó unos versos de Las bacantes (Eurípides): “Traigo desde el monte/un tallo recién cortado para el palacio/caza bienaventurada”.

Antes o después, quienes viven únicamente para amasar bienes acaban descubriendo que –de faltar el equilibrio y la medida- acaban convirtiéndose en males... ■



¿Piensas en...

ahorrar costes

usabilidad

seguridad

flexibilidad

escalabilidad?

...piensas
en **SaaS.**

Cezanne, la compañía Software as a Service
para la Gestión del Talento y RRHH.

cezannesw.com/es • tel. +91 768 40 80

Cezanne